

crimen: sois cismáticos y hasta herejes, (1). Se trata de toda la nación italiana, salvo algunos prelados; y así los Italianos, el pueblo ultramontano por excelencia, han caído en el cisma y en la herejía. ¡Y el clero, en su inmensa mayoría, se ha hecho cismático y hereje! ¿Qué va a ser de esta nación, que no por haber sido excomulgada conserva menos adhesión a su religión? Pretende permanecer católica, a pesar del papa; pero no hay más que una manera de ser católicos: no son ya ortodoxos los que han sido arrojados de la comunión de la santa sede. Los Italianos, por consecuencia, son católicos y no lo son. ¿No es esto impelerlos a formar una Iglesia cristiana independiente de Roma?

El clero da el ejemplo, y Pío IX es quien así lo afirma: "No puede disimular, dice, el profundo dolor que experimenta al ver que en Italia han olvidado clérigos regulares y seculares de tal manera su santa vocación, que no se avergüenzan de difundir falsas doctrinas y de excitar a los pueblos contra la sede apostólica. Esos clérigos, prosigue Pío IX, se separan de Nos, de la santa sede y de los obispos; desprecian las penas y las censuras canónicas; y aunque excomulgados, continúan ejerciendo su ministerio, (2). Si estos sacerdotes y estos monjes no son ya católicos y quieren, sin embargo, seguir siendo cristianos, se ven fatalmente impelidos, y por el mismo papa, a constituirse en Iglesia aparte. En 1863 apareció en Turín un pequeño tratado intitulado *Principios de la Iglesia católica, de la Iglesia protestante y de la Iglesia cristiana*. El autor no quiere ni el catolicismo romano ni el protestantismo alemán; quiere una religión fundada en el Evangelio; y no se trata de meras especulaciones: que no son aficionados a ensueños los Italianos, raza política por excelencia. Estos nuevos cristianos han emprendido inmediatamente su obra; forman una Iglesia, practican su culto (3). ¿Qué será ese cristianismo fundado en el Evangelio? Evidentemente un cristianismo reformado, digan lo que quieran los disidentes, porque se es protestante desde el momento en que se rechaza la autoridad de la Iglesia para atenerse al Evangelio.

Hay orgullo nacional en este cisma, que no

(1) *Civiltà Cattolica*, serie 5.ª, t. VIII, p. 46 y sig.; p. 528-538.

(2) *Encyclique de Pie IX*, du 10 août 1863 / *Journal historique et littéraire*, t. XXX, p. 289.

(3) *Civiltà Cattolica*, serie 5.ª, t. I, p. 594-600.

quiere ser ni romano ni alemán. Los Italianos no pueden ya ni quieren ser romanos, y se desdientan de ser protestantes porque el nombre y la cosa vienen de los Bárbaros del Occidente. Una Iglesia italiana, dicen, es lo que mejor conviene a Italia, emancipada del yugo pontificio y del yugo del extranjero. En una correspondencia publicada por un periódico católico se lee: "Prodúcense en este momento en Italia hechos religiosos de gravedad extraordinaria y que amenazan provocar disensiones religiosas, de donde bien pudiera resultar un cisma. Una veintena de sacerdotes de la diócesis de Turín, puestos en entredicho por el arzobispo, se han reunido para fundar una Iglesia llamada nacional, que conservará el rito católico, pero que tendrá una liturgia italiana. Algunas personas suponen que la nueva Iglesia se acercará al protestantismo, negando la presencia real, y se asegura que esos sacerdotes han dirigido a todos los eclesiásticos que abrigan quejas contra sus obispos una circular invitándoles a que se unan a ellos y funden en sus poblaciones iglesias análogas, (1).

¿Llegará a constituirse la Iglesia italiana? Y si se consolida, ¿permanecerá ortodoxa? Ella debe su origen a un movimiento de libertad; y libertad de las cadenas de la Iglesia, no conservará largo tiempo las del dogma, porque es imposible ser librepensador en política y permanecer ortodoxo en religión. Desde sus primeros pasos manifiesta la nueva Iglesia aspiraciones que le conducirán a la herejía. Una correspondencia católica de Turín anuncia que se ha publicado el programa de un nuevo periódico titulado *El Revelador*; los sacerdotes que lo redactan tienen la pretensión de ser ortodoxos y de *revelar*, sin embargo, *horizontes desconocidos* (2). Esto es contradictorio, porque lo que caracteriza la ortodoxia es ser la verdad absoluta, y la divina revelación no admite novedad. Hay otra revelación que se renueva incesantemente, la que se produce por el espíritu humano bajo la inspiración de Dios; y ésta es esencialmente progresiva, como todas las manifestaciones de la razón. A esta revelación permanente se refieren todos los ensayos de reforma que se hacen en la Europa católica; que si tomados aisladamente tienen poca

(1) Carta del 30 de Noviembre de 1860 / *Le Bien public*, du 11 décembre 1860.

(2) *Civiltà Cattolica*, serie 4.ª, t. VIII, p. 762.

importancia, merecen en su conjunto seria atención, como una señal de los tiempos. En Italia especialmente tiene verdadera importancia el movimiento reformista; filósofos y sacerdotes han tomado parte en él, y entre ellos un hombre ilustre, Gioberti, el ardiente enemigo del jesuitismo.

II

Oigamos en primer lugar al filósofo Bertini, profesor de filosofía en la universidad de Turín. Escribió en 1851 una *Filosofía de la vida*, en la cual hacía la apología de las creencias católicas, y en 1866 publicó este apologista del catolicismo unos *diálogos* bajo el título de *Cuestión religiosa* (1), en cuya obra, convertido el defensor en enemigo, dice que el cristianismo profesado en la Iglesia de Roma es un *cristianismo falso*, y reclama que se le sustituya con un cristianismo entendido según el *espíritu* y no según la *letra*. ¿Cuál es la razón de la revolución que se produjo en este filósofo, como en todos los patriotas italianos? Italia se ha hecho libre; y en vez de aplaudir la regeneración de la nación italiana, los papas la persiguen con sus maldiciones. ¡Qué revelación del espíritu que anima a la Iglesia! El velo que cubría los ojos aun a los filósofos se ha rasgado: la Iglesia se mostraba, como ha sido siempre, enemiga de la libertad, porque la libertad es en esencia el librepensamiento, y el librepensamiento es la ruina de la dominación eclesiástica. En Italia no pueden aceptar los liberales y los patriotas la distinción con que se contentan los católicos liberales en Francia y en Bélgica, porque para los Italianos la incompatibilidad del catolicismo y la libertad no es una hipótesis, una mera doctrina, sino la realidad viva. En Francia y en Bélgica, los católicos que aman la libertad se consuelan de las Encíclicas diciendo que, después de todo, no les prohíbe el papa permanecer fieles a la constitución que han jurado; mas los Italianos no pueden decir otro tanto, porque han oído a Pío IX anular y condenar las leyes que aseguran la independencia del Estado frente a la Iglesia, y se han visto excomulgados por haber querido ser libres e independientes, teniendo, por consecuencia, que decirse, como Bertini, que el cris-

tianismo romano es inconciliable, no sólo con la libertad general, sino especialmente con la libertad, con la independencia de Italia. No quieren ya ese cristianismo: la religión de Roma predica la intolerancia, la persecución, la inquisición, y los Italianos piden una religión que sea amiga de la libertad y que santifique el amor de la patria.

Dirán los católicos liberales que en esto están de acuerdo, que también ellos aman la libertad y la patria; mas en realidad hay un abismo entre el liberalismo de los católicos franceses y belgas y el liberalismo italiano. Los primeros se llaman ultramontanos, y quedan apegados al dogma ortodoxo sin exceptuar nada; los católicos italianos van mucho más allá. Bertini rechaza el cristianismo que consiste en creer ciertos dogmas como condición de salvación; sostiene que su cristianismo es el de Jesucristo y de los apóstoles, y que el verdadero cristianismo es en todo lo opuesto del cristianismo romano. Lo que Bertini reprocha, sobre todo, al catolicismo es su incurable intolerancia, sobre lo cual está también en desacuerdo con los católicos liberales. Pretenden éstos que la Iglesia no ha rechazado jamás la tolerancia civil, sino únicamente la tolerancia dogmática; pero la tolerancia de la Iglesia es una pura ficción, y los Italianos saben algo de eso, porque han vivido hasta nuestros días bajo el régimen de la censura y de la inquisición; han visto la tolerancia romana en la práctica, cuando Pío IX arrebató a una madre su tierno hijo bautizado sin saberlo; recuerdan que uno de sus más ilustres filósofos pereció en la hoguera en Roma, y que si Galileo no tuvo la misma suerte que Giordano Bruno fué porque el débil anciano se retractó de la verdad. Los Italianos creen con Rousseau que la intolerancia dogmática engendra necesariamente la intolerancia civil. Bertini, con más verdad y más lógica que nuestros católicos liberales, comienza por rechazar la famosa máxima de que fuera de la Iglesia no hay salvación, y niega que la salvación dependa de tal ó cual profesión de fe. Esto es destruir el catolicismo en su más sólido fundamento.

Bertini y los Italianos que como él se separan del cristianismo romano se inspiran en la creencia que, bajo diversas formas, se halla en todas partes, y que inaugura una nueva era religiosa, la creencia en la salvación universal. Los defensores del cristianismo tradicional comprenden que en eso está el peligro que amenaza a la Iglesia, y hacen

(1) Véase el análisis de este escrito en la *Civiltà Cattolica*, serie 5.ª, t. VII, p. 446 y siguientes.

lo imposible por eludir las horribles consecuencias que se derivan del dogma católico. ¡Vanos esfuerzos! Tienen que mantener el infierno, no pueden profesar la salvación de los infieles, y se ven obligados á excluir de su cielo hasta á los niños que mueren antes de ser bautizados. La conciencia humana se subleva contra ese cielo, como contra ese infierno. Bertini rechaza, en nombre del sentido moral, la eternidad de las penas, lo cual le obliga á desechar el pecado original, tal como lo entienden los ortodoxos; y si no hay caída, ¿á qué un reparador divino? Si Bertini no quiere los viejos dogmas, menos de su agrado son todavía los nuevos: se subleva contra la Inmaculada Concepción. ¡Cosa singular! dice: antes esa creencia, llamada piadosa, era una opinion libre, y hoy se impone á los fieles como una verdad revelada una superstición que repugnaba á San Bernardo. Esto caracteriza al cristianismo romano. La Iglesia, para mejor asegurar su imperio, cultiva con tanta predilección la ignorancia, que inventa, cuando es menester, nuevas supersticiones para encadenar los espíritus. Razón tiene Bertini, y con él los Italianos, para rechazar esa religión. Puede decirse del catolicismo romano lo que antes se decía del jesuitismo: no ser católico es ser cristiano.

III

El abate Gioberti comenzó por ser ultramontano; nuevo güelfo, soñaba con la grandeza de Italia, fundándola en la dominación de Roma (1). ¡Extraño anacronismo é ilusión más extraña todavía! Antes de devolver á Italia su antigua grandeza, precisaba darle la unidad y la libertad. Ahora bien, ¿podían los Italianos obtener la unidad de manos de los papas, cuando tenía el papado el interés de su propia existencia en que Italia estuviera desmembrada? ¿Sería el papado quien se hubiera puesto á la cabeza de la nación para arrojar á los Bárbaros, cuando los papas han llamado siempre á los Bárbaros á Italia, y cuando, en medio de la efervescencia patriótica que siguió á la revolución del 48, sólo ellos se negaron á aliarse á la bandera de la independencia? ¿Y la libertad? ¿Creía seriamente el abate Gioberti que debía Europa su libertad á la Iglesia de Roma, y que se haría libre Ita-

(1) REY, *Histoire de la renaissance de l'Italie*, p. 164-165.

lia cuando fuera güelfa? El abate italiano, aunque güelfo, no era un ultramontano muy decidido; no amaba á los jesuitas; pero ¿y no son la milicia más devota de los papas los reverendos padres? Acabamos de recordar una expresión galicana. En Francia se decía: no ama á la Compañía de Jesús, luego es católico; pero las cosas han cambiado mucho después: para ser hoy buen católico, es preciso adorar á los jesuitas.

En realidad, la Sociedad de Loyola y el cristianismo tradicional son inseparables: si el catolicismo y la Iglesia pudieran salvarse, los jesuitas serían los salvadores; atacarlos, perseguirlos como enemigos de la Iglesia es hacerse, por lo menos, sospechoso de poca previsión; y aun pudiera decirse que al declarar Gioberti una guerra á muerte á los jesuitas, atestiguaba que no era su catolicismo el que reina en Roma. Lo cierto es que desde 1834, cuando pasaba por un ultramontano decidido, estaba ya el abate en un orden de ideas que le debía llevar fuera de la Iglesia y fuera del cristianismo. Escribió en la *Joven Italia*, bajo el nombre de *Bemófilo*: "Estoy convencido de que el cristianismo es la mejor de las religiones; pero nada tiene de común el verdadero cristianismo con esa miserable teología de bulas, de frailes, de jesuitas y de escolásticos que constituye el cristianismo actual." El que cree que hay más de un cristianismo no es ya católico; el que piensa que no es el verdadero cristianismo el que reina en Roma y en la Iglesia reproduce la herejía de todos los sectarios, es tan hereje como los luteranos y los calvinistas, y acaso peor que ellos. Así añade *Bemófilo*: "El catolicismo es la corrupción del verdadero cristianismo." No decían otra cosa en el siglo XVI los reformadores; sólo que el abate católico traspasa la Reforma, porque en el protestantismo domina el principio religioso y en Gioberti el elemento político: "El Cristo, dice *Bemófilo*, vino á emancipar los pueblos, y el que se llama su vicario no trata sino de oprimirlos y de perderlos." (1). Gioberti habla como Lamennais, y como éste debía concluir, no sólo por desertar de la Iglesia, sino del cristianismo tradicional.

No divulgó en vida sus opiniones el prudente abate; limitóse á consignarlas en escritos que han

(1) La carta de GIOBERTI se halla en la *Revue catholique* de 1851, p. 8.

sido publicados después de su muerte. Grande fué el escándalo. Triunfaron los jesuitas: estaba, pues, demostrad que el terrible enemigo de la Sociedad se había cubierto con la máscara de la ortodoxia, que era hereje, ¿qué digo?, heresiarca, sólo que no había tenido el valor de Lutero, y juntaba la hipocresía al error. Para ser justos hay que tener en cuenta que las circunstancias hacen al hombre; ahora bien, ¿podía pensar Gioberti en representar en Italia el papel de Lutero? El papado es quien se encarga de ese papel, él es quien impele á los Italianos al cisma, y del cisma á la herejía es rápida la pendiente: testigos los reformadores del siglo XVI. Mas todo eso no impide que las herejías del abate Gioberti sean una señal del tiempo; y hay que recogerlas como un testimonio contra Roma y contra el catolicismo.

El abate italiano es tan violento, tan apasionado como el monje sajón, cuando habla de Roma. En una de sus obras póstumas, intitulada la *Reforma católica*, lanzó algunas palabras, breves como las de Pascal, pero el uno vitupera lo que el otro exalta: "Egoísmo de Roma. Ella jamás atiende más que á sí propia, y subordina á sus intereses todo el resto de la cristiandad: Jesucristo viene detrás del papa. ¿Cuál es el primer dogma del papado? La autoridad de la santa sede... Roma es un tirano suspicaz, jamás perdona á los que faltan, por poco que sea, al respeto, á la sumisión que exige... Este egoísmo de Roma es enteramente pagano... ¿Qué resulta de aquí? Que desde hace siglos, Roma se precipita en la decadencia, y ha perdido la fe en Dios, y se ha convertido en Iglesia de Satanás. Como ha olvidado las promesas del Cristo, el Cristo se ha retirado de ella y la ha abandonado á sí propia." (1). Lutero y Calvino, dice la *Civiltà Cattolica*, habrían envidiado esta página. Tan llena de hiel hay otras; pero la hiel es la verdad. Ha explotado Roma el mundo tanto tiempo, que sus iniquidades han colmado la medida y rebosan del vaso. La oposición á la libertad de Italia fué lo que sublevó al patriota italiano; oigamos la terrible acta de acusación que formula contra el papado: "El poder temporal de la Iglesia es incompatible con la salud de Italia; luego debe desaparecer, porque es absurdo que la Iglesia cueste la felicidad de una nación. Es preciso

que cambie la Iglesia de Roma; sus doctrinas no persuaden ya, sus mandamientos no obtienen el respeto de los fieles, y sus prohibiciones no son ya observadas. ¿Por qué? Porque el organismo actual está muerto. Es necesario que Roma cristiana vuelva á sus orígenes." Esto significa que no debe haber ya papado. Gioberti quiere, sin embargo, que se le mantenga; pero este último dardo es el más envenenado de todos: es como monumento, dice, como se debe conservar el papa. Cuando los Romanos abolieron la monarquía, conservaron un rey para presidir los sacrificios: se abolirá, pues, el papado, pero se conservará el papa. Respetadlo, dice Gioberti, como respetáis las estatuas de la Roma antigua ó los colosos de Egipto (1).

Hé ahí, pues, exclama la *Civiltà Cattolica* (2), al vicario de Jesucristo reducido á una antigüedad que se conserva en un museo, especie de momia egipcia. En los reformadores del siglo XVI había un odio ferviente contra el papa, contra el Antecristo, contra la Babilonia pontificia; en el reformador del siglo XIX, el desprecio ha sustituido al odio, y es que en tiempo de Lutero era todavía el papado un poder temible, mientras que hoy está muerto. Antes los enemigos de la Iglesia, atacando al papa, afectaban un profundo respeto al catolicismo; en nuestros días el catolicismo está tan muerto como el papado. No somos nosotros quienes lo decimos, sino el abate Gioberti. ¡Pobre abate! Mientras vivió tuvo que fingir un respeto y simular convicciones que ya no tenía. En sus obras póstumas se desquita: "La ciencia de los teólogos, dice, es un cenotafio de fórmulas cadavéricas." (3). Esto es más que repulsión, es repugnancia como la que se experimentaría al visitar tumbas: el catolicismo es una tumba viva; hormigean los gusanos, hay una corrupción que subleva el corazón (4).

¿Qué es, en definitiva, el catolicismo? "Fálta-le la vida, tal es el gusano que lo roe. No hay falta peor; más valiera el cisma y la herejía." Gioberti añadió al margen: "El catolicismo es una verdadera vegetación; menos todavía, es un tronco muerto que se tiene de pie por su peso y por la

(1) GIOBERTI, *della Riforma cattolica*, c. CLXXIV, págs. 28-30, 63, 186.

(2) *Civiltà Cattolica*, serie 3.ª, t. v, p. 337-338.

(3) GIOBERTI, *della Riforma cattolica*, p. 33.

(4) GIOBERTI, *della Riforma cattolica*, p. 29, 41.

(1) GIOBERTI, *della Riforma cattolica*, c. CLXXV, p. 256.

fuerza de inercia,, (1). La *Civiltà* refiere estas palabras como si fueran un insulto gratuito ó una señal de locura. Si los reverendos padres estudiaran la historia con el mismo cuidado que la teología, hallarían más de un ejemplo de instituciones religiosas y políticas que se sobreviven á sí mismas, aparentan vivir, y, sin embargo, están muertas: el paganismo no fué más que un cadáver desde el día en que la filosofía hubo mostrado su vaciedad, lo cual no le impidió vegetar durante siglos, y aun se pudiera decir, sin gran exageración, que reina todavía en nuestros campos; y el bajo imperio se conservó, como una momia, durante un millar de años sin vida alguna. Así pasa con el catolicismo: vegetará todavía durante siglos, aunque esté muerto en el dominio del pensamiento; su doctrina, como dice Gioberti, es un verdadero cadáver; está tan bien enterrado, y desde hace tanto tiempo, que lo han olvidado hasta los vivos.

Esta falta de vida impresiona á todos los que han visto de cerca la Roma pontificia. Ya hemos referido el efecto que produjo en Lamennais: fué católico á Roma, volvió librepensador, y se horrorizó al ver de cerca el cadáver de la Iglesia y respirar sus fétidas exhalaciones. Esos mismos eran también los sentimientos de Gioberti. Conocía al clero ultramontano, lo veía de cerca. Pues bien, declara que no tiene más vida que el clero ruso ó griego, el cual está petrificado hace siglos (2). ¿Cómo ha de presidir la muerte á la vida? La religión está llamada á gobernar las almas; mas para influir en los hombres debe hablarles un lenguaje que comprendan, es decir, debe estar siempre en armonía con los sentimientos y las ideas de las nuevas generaciones. Ahora bien, la Iglesia romana tiene la pretensión de ser inmutable. ¡Singular privilegio el de la inmovilidad! Es el privilegio de los cadáveres. El catolicismo habla á los hombres del siglo XIX el lenguaje del XII: ¿cómo extrañar que no lo escuche y lo abandone? Lo que la Iglesia considera como su fuerza, dice Gioberti, es la causa de su debilidad irremediable, porque la inmutabilidad de la religión engendra inmediatamente la incredulidad (3).

¿Qué quiere esto decir? ¿No hay, pues, verdad inmutable, ni por tanto absoluta? No, dice Gio-

(1) GIOBERTI, *della Riforma cattolica*, p. 180.

(2) GIOBERTI, *della Riforma cattolica*, p. 23.

(3) GIOBERTI, *della Protologia*, t. I, p. 128-129.

berti. "Lo verdadero es relativo; lo que es verdadero hoy con relación á lo falso de ayer, será falso, á su vez, con relación á la verdad de mañana,, (1). Hé ahí confeso al culpable, gritarán los católicos: Gioberti es un panteísta, confunde lo verdadero y lo falso, el error se hace verdad y la verdad se hace error. Ciertamente la verdad es absoluta en su esencia; ¿quién lo ha dudado jamás? pero sólo Dios, que es la verdad absoluta, la conoce. En el hombre es locura, es usurpación del poder divino decir: yo poseo la verdad absoluta. ¡Cuántas veces no ha cambiado la verdad absoluta de la Iglesia! Existe sobre este punto una notable declaración de un escritor católico. Hablando de Pascal, dice de Sacy: "Si se quiere medir la extraordinaria profundidad del cambio moral que se ha operado de dos siglos acá en este mundo, hay que leer los *Pensamientos* de Pascal. *No hay, por decirlo así, ni una palabra en ese libro que no forme un prodigioso contraste con el movimiento filosófico, social y hasta religioso de nuestra época...* Todas las contemplaciones que queremos guardar con la razón y con el mundo, aun cuando nos decidamos á tratar de creer y de vivir como cristianos, las vitupera Pascal, y Dios sabe con qué insultante altivez. Hierne en todo nuestros gustos más predilectos; y de otro lado, ¿cuánto no le heriríamos nosotros? *Hay, creo yo, algo que le habría repugnado todavía más que nuestra incredulidad ó nuestra indiferencia, y es nuestro cristianismo,,* (2). ¡Nuestro cristianismo habría repugnado á Pascal! ¡Qué confesión! ¡El cristianismo ha cambiado, pues, completamente desde el siglo XVII! Diráse que el cristianismo de Pascal no es el de la Iglesia, pues que Port Royal era jansenista; y con efecto, la religión de Pascal no es la de los jesuitas; antes bien, es la religión de San Agustín; San Agustín es, por consiguiente, quien se habría sublevado contra nuestro cristianismo. Y la Iglesia, por su parte, se ha vuelto contra la religión de San Agustín, hasta el punto de que, condenando á Baio, condenó el papa Pío V, sin sospecharlo, proposiciones sacadas literalmente de los escritos del Padre latino (3). ¡Sin embargo, San Agustín es el *doctor de Occidente!* ¡Y todavía se osa hablar de verdad absoluta en el seno

(1) GIOBERTI, *della Protologia*, t. I, p. 139.

(2) DE SACY, *Variétés littéraires, morales et historiques*, t. I, página 299 y siguientes.

(3) JANSENIUS, *Augustinus*, t. II, p. 672-676.

de una Iglesia que condena lo que San Agustín enseñaba y lo que la Iglesia de su tiempo creía! ¡Lo que era verdadero para San Agustín es falso hoy, y esa verdad y esa falsedad son la verdad absoluta!

La inmutabilidad es una ficción; si fuera una realidad, sería preciso decir que la Iglesia que se llama inmutable se condena por lo mismo á muerte, porque la vida implica el cambio y el progreso. Razón tiene Gioberti en querer una religión perfectible; pero en este punto se presenta un problema tremendo: ¿cómo penetrará el progreso en el seno de una Iglesia que cree estar en posesión de la verdad absoluta? El problema así planteado es insoluble: no nos sorprenda, pues, la extraña solución que da el abate italiano. Gioberti pide la reforma del catolicismo, pero no quiere que se haga fuera de la Iglesia y contra ella, porque la historia le enseña que esas reformas conducen al cisma, y dejarían, por consiguiente, intacto el mal y aun lo agravarían. Preciso es que la Iglesia se reforme á sí propia; la Iglesia tiene en sí misma este poder reformador. Gioberti lo exagera al decir que es absoluto, cuando, en efecto, la Iglesia no puede cambiar nada, ni en la revelación ni en la tradición. Pero el abate italiano necesita un poder absoluto para que alcance su fin, y quiere investir á un dictador con esa autoridad suprema. ¿Quién será el reformador? Será juntamente sacerdote y laico. ¿De quién recibirá su derecho? De su genio y del poder creador que le es inherente (1).

Hé ahí una utopía si las hay. También se imaginaban en el siglo XVIII los filósofos que un gran príncipe, un legislador á la manera de Licurgo ó de Solón, cumpliría la revolución que todos esperaban. Los grandes hombres tienen sin duda una misión divina en el desarrollo de la humanidad, pero no son ellos quienes imponen leyes á los pueblos; predicarían en el desierto, si no encontraran el suelo preparado para recibir una nueva semilla. El verdadero revelador es el espíritu humano bajo la inspiración de Dios. Mas poco importa que se haga una ilusión Gioberti respecto del medio con el cual se ha de cumplir el perfeccionamiento: ese es el secreto de Dios; lo esencial es ver si el fin que asigna al progreso religioso está en armonía con las tendencias de la sociedad mo-

(1) GIOBERTI, *della Riforma cattolica*, p. 214, 216, 153.

derna. Podíase temer que el abate italiano, hombre de raza latina que había nacido ultramontano, diera demasiada importancia á la idea de unidad; pero satisface oír de labios de un sacerdote católico un lenguaje que no rechazarían los más decididos partidarios del individualismo: dice que cada fiel forme su propia religión, su fe, su Dios, porque la religión es esencialmente individual (1). Hé ahí un principio que no comprenderán los católicos, y que hasta causará extrañeza á más de un protestante. Gioberti va más allá que Lutero. El monje sajón decía ciertamente que todo fiel sería sacerdote, pero no admitía que cada cual tuviera el poder de formar su religión; y nada más justo, sin embargo. La religión es la relación del hombre con Dios; ¿qué cosa hay más íntima ni más personal? En vano dirán los católicos que la religión es también un vínculo entre los hombres, y que no existirá sino una verdadera anarquía si tiene su fe cada individuo. Verdad es que la religión debe unir á los hombres; mas esto se produce naturalmente cuando tienen los mismos sentimientos y las mismas ideas respecto de Dios y de la vida, sin que las creencias comunes impidan que haya siempre algo de individual en la fe, como se ve en la misma Iglesia católica, á pesar de llevar la unidad hasta la intolerancia. ¡Cuántos buenos católicos se niegan á creer en el infierno! Si se mira de cerca, no se hallarán dos creyentes cuya fe sea absolutamente la misma.

Pero siempre resultará que el individualismo religioso arruina el catolicismo en sus fundamentos. Ese es, en realidad, el principio de la Reforma que lleva á una religión totalmente diferente de la de Roma; y así es que el concepto que Gioberti se forma de la vida difiere absolutamente de la concepción católica. Los papas no cesan de proclamar que no hay salvación fuera de la Iglesia; Gioberti, por lo contrario, quiere que todos los hombres virtuosos y grandes sean recibidos en el cielo, y como hace un gran elogio del emperador Juliano, deduce la *Civiltà Cattolica* que el famoso apóstata hallará igualmente puesto entre los elegidos (2). Compréndese bien la santa indignación de los reverendos padres. Lutero y Bossuet habían ya acusado de blasfemia á Zuinglio porque abría el paraíso á los

(1) GIOBERTI, *della Riforma cattolica*, p. 189, 190.

(2) *Civiltà Cattolica*, serie 3.ª, t. v, p. 335, 336.

hombres políticos de la antigüedad que se habían distinguido por su virtud; pero ¡llegar á poner un apóstata al nivel de los santos!...

Si el papa se aferra tanto á la condenación de los infieles, es porque el dogma de la salvación por la Iglesia y en la Iglesia es la base de su dominación: necesita un infierno y un paraíso como instrumentos de su poder. Gioberti le quita este apoyo. Su doctrina sobre la vida futura es, en el fondo, la de la filosofía moderna á partir de Lessing: el infierno, dice, es una *amnistía eterna*, las penas van siempre *disminuyendo*, lo cual es decir que no hay infierno, ó, como el abate italiano se expresa, con gran escándalo de los jesuitas, que *el infierno se confunde con el paraíso*. El reformador se pone en este punto en abierta oposición con la creencia católica, y aun con las palabras que los Evangelios atribuyen á Jesucristo: "Id, malditos, á los fuegos eternos del infierno.", Gioberti rechaza con energía la eternidad de las penas: "Es una impiedad, dice, atribuir á Dios la idea de castigos eternos, cuando los hombres no podrían concebir la sin ser tachados de crueldad. ¿Cuál es el tirano que podría pensar en infligir por un solo día los tormentos que, según la teología vulgar, inflige Dios durante una eternidad á los réprobos?", (1).

Limitanse ordinariamente los enemigos de la Iglesia á imputarle como un crimen la horrible concepción de las penas eternas, y basta, en realidad, para desacreditar el dogma católico. Gioberti va más allá todavía: no ama más el cielo que el infierno; no comprende una mansión de recompensa de la cual fueran excluidos los hombres virtuosos de las demás religiones, y en la cual sólo encontrarán puesto los patriarcas y los profetas, los apóstoles y los santos, con que la Iglesia sería una cofradía de monjes flagelantes. Semejante paraíso no es del gusto de Gioberti, quien pensaba como aquel Normando que decía á un predicador que prefería estar en el infierno con los guerreros, sus antepasados, á estar en el cielo con los monjes (2). En definitiva, no admite ni paraíso ni infierno: el que reprueba la eternidad de las penas no puede admitir la eternidad de las recompensas. ¿Qué queda? Una vida futura que no difiere en la esencia de nuestra vida presente, vida progresiva que sa-

(1) GIOBERTI, *Filosofía della Rivelazione*, p. 361, 364, 352.
(2) GIOBERTI, *Filosofía della Rivelazione*, p. 343, 369.

tisface juntamente á la justicia absoluta, pues que el hombre recogerá lo que ha sembrado, y á nuestra necesidad de felicidad, pues que progresamos incesantemente en el camino de la perfección.

Hémos aquí bien lejos del cristianismo tradicional, y se comprende que los reverendos padres de la *Civiltà Cattolica* se hayan horrorizado al oír á un abate profesar tales enormidades. ¡Y que este herejarca halle sectarios tanto entre los sacerdotes como entre los revolucionarios! No se sabe, dicen los jesuitas, si la política es un instrumento de revolución religiosa, ó si la religión es un instrumento de revolución política (1). La respuesta es bien sencilla: la revolución inaugurada en el 89 es juntamente política y religiosa; y aun procede de la religión más que de la política, en el sentido de que es la oposición de la filosofía contra la religión de lo pasado, que constituía el primer principio. Gioberti pertenece á esa ilustre progenie; y es, según la *Civiltà*, el jefe de una escuela que quiere reformar el catolicismo: *los progresistas*. Y ¿cuál es el progreso que quieren realizar en la religión? Quieren hacer lo que se niega á hacer el papa, y lo que no puede hacer en realidad, poner el cristianismo en armonía con la civilización; y aun hay que añadir que, á los ojos de Gioberti, el cristianismo se confunde con la civilización, es un instrumento de civilización, y lejos de ser hostil al espíritu moderno, en él se inspira y con él se identifica. Los partidarios de lo pasado oponen á los progresistas las célebres palabras en que el Cristo declaraba que había venido á traer la guerra y no la paz, y afirman que es preciso romper con el mundo si se quiere ser su discípulo. Gioberti replica que el mundo al cual declaró el Cristo la guerra es el mundo pagano, que á ese es al que deben renunciar sus discípulos para seguirlo, y concluye diciendo que el verdadero cristianismo está todavía por nacer. ¿Cuál será ese cristianismo? La *Civiltà* responde que se puede definirlo en una palabra: de *sobrenatural*, la religión debe hacerse *natural* (2).

Llegamos con esto á la esencia de la reforma católica, tal como la comprende Gioberti, quien supe con mucho á los tímidos reformadores que hemos encontrado en Francia y en Alemania. El cristianismo tradicional es una religión del otro

(1) *Civiltà Cattolica*, serie 3.ª, t. v, p. 453 y siguientes.
(2) *Civiltà Cattolica*, serie 3.ª, t. iv, p. 652 y siguientes.

mundo; debe convertirse en una religión de este mundo. Hé ahí por qué Gioberti es enemigo declarado del ascetismo cristiano; y no vacila en decir que la perfección de los santos del desierto era una verdadera locura (1). Este mismo orden de ideas le lleva á rechazar todo lo que hay de elemento milagroso en el cristianismo, haciendo observar que ántes los milagros ayudaban á la fe, mientras hoy son un obstáculo (2). Nada más cierto. Si los Evangelios están llenos de narraciones milagrosas, si el Cristo pasa su vida en hacer prodigios, es porque los hombres se hallaban todavía en ese grado de cultura en que se necesita una intervención directa de Dios en la vida de la humanidad. Hoy nos ha enseñado la ciencia que Dios no obra por vía de milagro; y fabricar milagros en el siglo XIX es dar juntamente prueba de torpeza y de inmoralidad, porque es alejar de la Iglesia y del cristianismo á todos los que se atienen á la razón y á la conciencia.

Puede llamarse racionalismo esta manera de ver. Sea. Nosotros no tenemos á la razón, ese don de Dios, el santo horror que inspira á los católi-

(1) GIOBERTI, *della Riforma cattolica*, p. 37-38.
(2) GIOBERTI, *della Protologia*, t. I, p. 146.

cos. Necesario es que tomen su partido los ortodoxos, pues, por más que hagan, no creerán jamás los hombres que Dios les haya dado la razón para no servirse de ella ó para abdicarla á los pies de un sacerdote. La Iglesia tiene buenas razones para no amar el libre pensamiento. Un canónigo romano, el profesor Audisio, dice que los católicos deben desconfiar de una *reforma* titulada *católica* y que no sería otra cosa que el racionalismo. "Desconfie, sobre todo, la juventud, exclama, de esos genios literarios que le muestran nuevos horizontes desconocidos; necesita *plomo* y no *alas*", (1). Roma ama el *plomo*, y no le falta; pero el *plomo* tiene también sus inconvenientes. Cargada de plomo en medio de un mar borrascoso, ¿no se expone la Iglesia á ser sepultada por las olas? Por más que haga, en vano intentará la Iglesia cortar las alas al espíritu humano; las alas se renuevan, porque es Dios quien se las ha dado. En cambio el *plomo* que la Iglesia prefiere es una cadena; durante siglos la humanidad ha soportado los hierros que el catolicismo le había impuesto en nombre del cielo; en el 89 los rompió, y no los volverá á llevar.

(1) AUDISIO, *Discours lu à l'Académie catholique*, y reproducido en la *Civiltà Cattolica*, serie 3.ª, t. vi, p. 700.